

# Cuatro visiones de Haití

Fernando Cordobés

**DURANTE MÁS DE UN SIGLO, EN LA ÉPOCA DEL DESCUBRIMIENTO DE AMÉRICA TAMBIÉN SE CONOCÍA AL CONTINENTE COMO LA CUARTA PARS. ESTA CUARTA PARS PRETENDE SER UNA MIRADA A TODOS ESOS PAÍSES AMERICANOS QUE PARECEN NO EXISTIR. PAÍSES NO HISPANOHABLANTES NI LUSOPARLANTES, PARTE INSEPARABLE DE LA REALIDAD AMERICANA, QUE A PESAR DE SU TAMAÑO Y SU POCA RELEVANCIA EN EL PLANO MUNDIAL, YA HAN DADO DOS PREMIOS NOBEL. ES EL CASO DE SANTA LUCÍA Y DEREK WALCOTT, Y VIDYADHAR SURAJPRASAD NAIPAUL, NACIDO EN PUERTO ESPAÑA, TRINIDAD. EN ESTA OCASIÓN EL DESTINO ES HAITÍ, PRIMERA NACIÓN NEGRA INDEPENDIENTE DEL MUNDO Y CON UNA LITERATURA TAN RICA COMO DESCONOCIDA.**

La pregunta debería ser: ¿qué ocurre en Haití, primera nación negra independiente del mundo, para que se de esa sucesión de desgracias, de intentos fallidos, de gobiernos corruptos y sanguinarios? ¿Quién alzó la voz contra la tiranía? ¿Qué influencia han ejercido sus autores sobre una de las sociedades más empobrecidas del planeta? El historiador y especialista en Haití, Christophe Wargny, comienza su ensayo *Haiti n'existe pas* (Haití no existe) con la siguiente reflexión:

«Liberada en 1804, la hija no deseada de la Revolución francesa fue inscrita en los registros. Reconocida en derecho. Desconocida de hecho. Olvidada. Ignorada. O bajo tutela. ¿Quién se jactaría de semejante hijo? Ni Juan Pablo II, ni los otros –los

jefes de estado herederos, más o menos dignos, de los inventores de los derechos del hombre— participaron en su bicentenario. Circunstancia atenuante: ¿cómo colocar en la agenda el aniversario de un nacimiento olvidado? ¿Qué fiesta cuando no hay nada que festejar? En todo caso, nada que valga la pena ni para el pueblo apagado de las «bidonvilles», ni para los grandes de este mundo. Por una vez unidos. En el silencio».

Más allá de esa visión desesperanzada, más allá incluso del reflejo catastrófico que recibimos de tanto en cuanto de la isla, lo cierto es que en el país han existido intentos de cambio, más bien personalidades que lucharon por una mejora, incluso entregando su propia vida en el esfuerzo. Tal peso ha tenido siempre la realidad haitiana, que resulta imposible desligar la creación literaria de lo que sucedía en las calles. Jacques Roumain, Jacques Stephen Alexis y René Depestre, están considerados como los grandes autores de la segunda mitad del siglo XX. Sin olvidar otros nombres destacados, como los de Roger Dorsinville, Jean Metellus, Yanick Lahens, Frankétiene o Gary Víktor, por citar sólo algunos, lo cierto es que las novelas de los tres primeros se desarrollan en momentos históricos muy concretos en los que Haití se jugaba su futuro, justo antes de la llegada al poder de *Papa Doc*, François Duvalier, que significó el triunfo de la demencia, una ruptura absoluta con cualquier posibilidad de cambio y el exilio de la inteligencia. Pero en referencia a los autores con una influencia sobre la letras haitianas, no conviene pasar por alto un caso especial, el de Alejo Carpentier y su novela *El reino de este mundo*, ambientada en la época de la liberación de Haití. Carpentier ejerció su maestría sobre los jóvenes autores y promovió una idea amplia de la realidad del Caribe que iba más allá de las barreras lingüísticas, barreras, por otra parte, traspasadas habitualmente por la parte haitiana, donde el español tiene una presencia más que destacada.

En realidad se puede decir sin temor a exagerar demasiado que toda esta historia comienza en el golfo de Guinea, en las costas del continente africano. Allí se embarcó a la fuerza durante cientos de años, a miles de seres humanos convertidos en esclavos con un nuevo destino: América. Transplantados quirúrgicamente (valga el símil) de su realidad, de sus creencias y percepción de la vida a

un nuevo mundo que para ellos, desde luego, no representó la misma idea de libertad, progreso y oportunidades que para sus amos blancos, los esclavos negros de África desarrollaron en esa tierra nueva una cultura particular marcada por la pérdida de su identidad, de su lengua y de una parte significativa de su historia.

En la pequeña ciudad de Ouidah, en la costa de Benin, antiguo reino de Dahomey, se erigió hace unos años en memoria de aquel ominoso comercio el árbol de olvido: una escultura que representa el árbol alrededor del cual giraban los esclavos un número determinado de veces para perder su memoria, su vínculo con la tierra de la que se les extirpaba. Una ceremonia de tintes iniciáticos tomada de los rituales vudú, cuyo objetivo era domar la mercancía y convertirla en obediente rebaño listo para el trabajo, la sumisión y, de paso, lo que hiciera falta. Pero aquella macabra ceremonia no dio el resultado esperado. En el Caribe, donde era imprescindible mano de obra barata para las prósperas plantaciones de azúcar, floreció esa identidad supuestamente perdida. Mezclada con la cultura occidental, con la fe cristiana y con una nueva lengua, dio lugar a las culturas criollas que más tarde o más temprano buscarían su propia expresión y liberación.

El caso más significativo, sin duda, y al tiempo uno de los más trágicos es el de Haití. Significativo por lo prematuro y trágico por la sucesión de fracasos. Contagiados por las ideas revolucionarias de la metrópoli, por los ideales de la Declaración de los Derechos del Hombre, la clase media haitiana, compuesta básicamente de mulatos, decidió que era el momento de liberarse del yugo francés y poner en práctica aquellas ideas llegadas del otro lado del océano, que tantos beneficios, y no sólo espirituales, les reportarían. En *El reino de este mundo*, Alejo Carpentier apunta este cambio de actitud y mentalidad en la escena en la que el esclavo protagonista «Ti Noel fue atraído (...) por un grabado en cobre, último de la serie, que se diferenciaba de los demás por el asunto y la ejecución. Representaba algo así como un almirante o un embajador francés, recibido por un negro rodeado de plumas y sentado sobre un trono adornado de figuras de monos y lagartos. —¿Qué gente es ésta?— preguntó atrevidamente al librero (...) —Ese es un rey de tu país— No hubiera sido necesaria la confirmación de lo que ya pensaba» (...)

Los jacobinos negros, protagonizaron la primera revolución de esclavos del Caribe y, por tanto, del mundo. Primero la revuelta de Boukman (1791) contra los colonos, después la abolición de la esclavitud por parte de la Convención (1793-1794) y seguido el efímero mandato de Toussaint Louverture, asesinado por un Napoleón ansioso de retomar el dominio francés y los beneficios económicos de la antigua Santo Domingo. Aquel golpe de mano imperial pareció terminar con el sueño de libertad. Pero no fue así. En 1804 Haití logró su independencia convirtiéndose en la primera nación negra libre del mundo, e iniciando una carrera imparable que concluiría años más tarde con la descolonización. Un mal ejemplo el de aquellos caribeños para los intereses de muchos países. O un ejemplo perfecto para aquellos que buscaban su libertad. El teórico argelino Frantz Fanon tomó prestada de uno de los ilustres hijos de la libertad haitiana, Jacques Roumain, la expresión «los condenados de la tierra» para titular su célebre libro contra el colonialismo, convertido durante las décadas de los 60 y 70 en una referencia imprescindible para la izquierda europea, principalmente la francesa.

Fue según la leyenda, una ceremonia vudú celebrada en Bois-Caïman, el inició de la lucha por la independencia. Esta historia constituye el mito fundador de la nación. Aquellos revolucionarios que lucharon a muerte contra la tiranía, han inspirado desde entonces el orgullo y el espíritu de sus compatriotas. La epopeya de Louverture juega al tiempo un papel como mito fundacional de la nación y de catarsis en el proceso de toma de conciencia nacional. Pero Louverture, el liberador de los esclavos y primer gobernador general vitalicio de la nueva república, representa también el primer fracaso al caer en la trampa urdida por el general Leclerc, cuñado de Napoleón. Hecho prisionero y enviado a Francia, murió en unas circunstancias horribles tras los muros de la prisión del Fort de Joux.

Otro párrafo de *El reino de este mundo* hace referencia a este hecho histórico y al tiempo ofrece una interpretación tan subjetiva como sugerente de los detalles de la vida de Paulina Bonaparte en la isla. A punto de volver a Francia, la esposa del agonizante Leclerc es seducida por los encantos muy poco racionales, pero muy turbadores y ancestrales del esclavo Suleiman, cayendo en